

visión amplia, de carácter interdisciplinar, tomando en cuenta múltiples aspectos que confluyen en la vivencia mística. Es interesante, en este sentido, la explicación de la *Minne* o amor cortés y del amor esponsal aplicados a la vida de unión con Dios. Para mostrar la conexión de la mística medieval con la Tradición ofrece una amplia sinopsis de textos de San Agustín (*De vera religione*) en correlación con otros tomados del Maestro Eckhart (*Von dem edlen Menschen*, en el *Libro Benedictus*), relativos a las edades espirituales (tomo I, p. 93-94). Para probar el entronque escriturístico de los místicos medievales, estudia los comentarios al Cantar de los cantares del siglo XII, en lengua latina —como por ejemplo el de San Bernardo— y en lengua vernácula, como es el caso del *St. Trutperter Hohelied*.

El primer tomo resulta más logrado, quizá porque ofrece una mayor unidad temática y estructural que el segundo, donde trata temas más polémicos, como por ejemplo la figura de Marguerite Porete y todo el ambiente en torno a los espirituales franciscanos. Aquí, en el segundo volumen, Ruh acentúa una supuesta prepotencia de lo que llama la «Iglesia papal», presentándola como una fuerza opresora. El estudio de Marguerite Porete es bueno, habida cuenta que la bibliografía es escasa; pero Ruh no concede suficiente importancia a las afirmaciones quietistas de Marguerite y a su actitud obstinada ante las amonestaciones por parte de la autoridad eclesiástica. También el relieve que concede —esta vez en el tomo primero— a Juan Escoto Eriúgena, como puente entre la patrística y el siglo XII, podría ser discutido, si no revisado.

El autor no incluye a Hildegarda de Bingen entre las místicas, porque sus revelaciones se debieron a visiones proféticas y no extáticas, como fue el caso de Elisabeth de Schönau; pero esto resulta discutible, pues las visiones proféticas de Hildegarda tuvie-

ron lugar en el contexto de fenómenos místicos extraordinarios. Por otra parte, las afirmaciones sobre la escasa cultura de las místicas medievales centroeuropeas no tienen suficiente base objetiva, porque consta que su cultura podía equipararse prácticamente a la que se alcanzaba en las escuelas monásticas masculinas. Esto habría resultado más claro si se hubiese valorado, por ejemplo, toda la obra de Hildegarda de Bingen o la de Gertrudis de Helfta. En tal sentido no está totalmente justificada la tesis del autor, de que el paso de la lengua latina a la vernácula, en los escritos místicos femeninos, se haya debido a la deficiente cultura de las mujeres, si se piensa, por ejemplo, en el nivel cultural de Mectildis de Magdeburgo, que, no obstante, escribía en bajo alemán.

E. Reinhardt

**José Javier SÁNCHEZ ARANDA y Carlos BARRERA DEL BARRIO**, *Historia del periodismo español desde sus orígenes hasta 1975*, EUNSA (Colección «Ciencias de la Información-Manuales», 14), Pamplona 1992, 545 pp.

Fruto de la progresiva madurez adquirida por la historia del periodismo en nuestro país nace este primer manual que trata toda la trayectoria periodística hasta fin de los años, todavía cercanos, del franquismo. Es esta la primera virtud que cabe descubrir en el libro escrito por estos dos profesores de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad de Navarra. Pero hay otros aspectos que también conviene reseñar, de los que sólo destacaré aquellos que guardan una relación más estrecha con la actuación de los católicos en el ámbito concreto del periodismo.

Por desgracia, como ha ocurrido en otras parcelas históricas, al estudiar la evo-

lución del periodismo apenas se ha destacado el papel que han tenido en nuestro país los católicos. Por el contrario, se ha solido insistir en la actitud retrógrada representada no sólo por los absolutistas contrarios al triunfo liberal (tanto en la época gaditana como en los tiempos isabelinos), sino también por los católicos evolucionados de principios de este siglo, refiriéndose especialmente, en este último caso, al «Debate» de la Editorial Católica. En definitivas cuentas, para muchos de los historiadores de nuestro periodismo es un lugar común afirmar que el catolicismo fue una rémora para la nueva sociedad que se pretendía crear, esa que representaba el progreso según las ideas predominantes más allá de nuestras fronteras.

Frente a ese simplismo, como demuestran los profesores Sánchez Aranda y Barreira del Barrio, se impone la realidad de una línea de progreso periodístico en la cual han tenido bastante que ver los publicistas católicos. Muchos son los nombres, en efecto, que podrían traerse a colación, pues si bien los más citados suelen ser religiosos y sacerdotes (como Balmes o el padre Garjón) hay que mencionar a otros católicos, tales como Navarro Villoslada o Vildósola, tradicionalistas; o Angel Herrera, Francisco de Luis o el colectivo «Tácito», democristianos; y esto sin entrar en la enumeración de eminentes periodistas que no hicieron una ostentosa defensa de la fe, aunque tenían una profunda convicción religiosa.

Además, el libro que nos ocupa indica acertadamente cómo se desarrollaron las iniciativas promovidas por estos hombres de la prensa. Para entender esto, los autores insertan tal cuestión dentro de otra más amplia como es la acción de los católicos en el seno de una sociedad que se configuraba de acuerdo a unos principios alejados, cuando no opuestos, a los suyos. Es por ello que los autores destacan la importancia del pontificado de León XIII, pues fue entonces cuan-

do se «exhortó a las grandes cruzadas de la inteligencia y del saber: había que oponer periódicos de alta calidad y católicos» (pág. 259). Esto fue un acicate que cuajó en publicaciones de buena factura periodística y capaces de competir con otras influidas por planteamientos anticlericales y que habían marcado la vanguardia del periodismo español. La respuesta católica fue clara, y así se explica que ya para 1920 de los 2.289 periódicos que salían a la calle, 1.006 eran catalogados por la estadística oficial como católicos, y que en 1920 y 1927 esa misma fuente ministerial indicaba que «El Debate» era el segundo diario en tirada. Hubo, pues, con el cambio de siglo, una mejora general, que hizo posible el surgimiento del tan ansiado rotativo católico madrileño. Curiosamente debe destacarse cómo la falta de ese diario en la capital fue la que impulsó las iniciativas católicas en las distintas regiones, para paliar de esa manera tal carencia. Al respecto, interesa comprobar que un buen número de los grandes diarios regionales actuales, nacidos por entonces, poseían en su origen una clara impronta católica.

Con todo, la inserción de los católicos en la España de la Restauración respondía a unos planteamientos, en cierta forma, limitados. «El hecho —dicen los autores— era que el ser católico constituía un sello que poseían algunos periódicos, que de esta manera manifestaban su condición [...] [Así] las publicaciones católicas se convirtieron en dependientes, por lo que se refería a los contenidos, respecto a la jerarquía correspondiente, y esto tanto si el periódico era de contenidos religiosos como si trataba de información general. Tal conexión con las esferas eclesiásticas hizo que en España, en momentos históricos posteriores, la prensa católica gozara de un estatuto jurídico privilegiado y no estuviera sujeta a la censura habitual» (pág. 258). Esto último hace referencia a los años del franquismo.

### Reseñas

Porque, y esto no conviene perderlo de vista, tardaron muchos años hasta que se entendió dentro del ámbito eclesial en qué consistía la autonomía de las realidades seculares. Es cierto que, incluso en el momento presente, subsisten actividades inspiradas y alentadas por la Jerarquía católica, mas también lo es que se han desarrollado otras con similar e inequívoca inspiración pero sin llevar el distintivo aludido. Tal cuestión, debatida ahora, no es tratada directamente en el libro, si bien aparece reflejada.

Sin pretenderlo de una manera explícita, los autores salen al paso de otro error usual al hablar de la prensa católica durante el franquismo: afirmar la existencia de un grupo periodístico del Opus Dei. Lógicamente, las iniciativas que suelen vincularse a esta institución de la Iglesia no aparecen tratadas como un tipo específico, pues no hay razón histórica alguna que avale tal tratamiento. Por ello, al hablar de la actuación política de algunos miembros del Opus Dei, durante los años del franquismo, se afirma que «el Opus Dei no tuvo ni tiene una doctrina política porque sus fines son exclusivamente de índole espiritual y apostólico, y cada miembro tiene libertad para actuar en política según su libre juicio» (pp. 389-390); y, lo mismo cabe afirmar, evidentemente, de las actividades informativas de algunos miembros de la Obra.

Por lo tratado hasta ahora no hay que perder de vista que el libro es mucho más que nuestro resumen, y que trata de ofrecer una visión de conjunto, bastante equilibrada por cierto, de los diferentes aspectos configuradores de la actividad informativa en los últimos siglos. Como a toda síntesis, cabría hacerle el reproche de que hay más en él de lo que se dice... Pensado como instrumento para acercarse a la variopinta realidad del periodismo (también en medios audiovisuales), es este manual un ejemplo de buen ofi-

cio universitario, que sabe mantener la altura científica y la amenidad que permite el género cultivado.

F. Verdera

**Francisco Víctor SÁNCHEZ GIL-Francisco MARTÍNEZ FRESNEDA (eds.),** *De la América española a la América americana. Actas del Simposio América V Centenario 1492-1992*, Instituto Teológico de Murcia OFM (Serie Mayor-4), Murcia 1991, 196 pp.

En el marco de la celebración del V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América, el Instituto Teológico de Murcia OFM ha querido hacer su aportación. La obra que comentamos expone las sesiones del «Simposio América V Centenario», desarrolladas en Murcia en noviembre de 1990., auspiciadas por el Instituto citado. El Simposio procuró abordar, desde una perspectiva histórica, la obra del descubrimiento y evangelización del Nuevo Mundo. Entresacamos aquí algunas de las ponencias más directamente relacionadas con la historia de la Iglesia.

Antonio García y García, catedrático de la Universidad pontificia de Salamanca, se ocupó de las «Raíces medievales de América». Centró su exposición en los aspectos medievales del descubrimiento, la donación pontificia de Indias, las conquistas, y las instituciones jurídicas espirituales y temporales. Con una gran erudición, el profesor de Salamanca muestra los contrastes y similitudes del mundo americano y medieval, resaltando en los elementos de contraste la originalidad indiana. Un caso concreto: respecto a los privilegios otorgados por la Santa Sede a los religiosos por la bula «Exponi nobis» (1522), las concesiones son mucho más genéricas que en las de tiempos medievales hechas a los mendicantes. Ello originó,